



IV.

RELACIÓN DE LAS PRODUCCIONES DE LA NUEVA ESPAÑA, Y COSTUMBRES DE SUS HABITANTES; HECHA POR ENRIQUE HAWKS, MERCADER QUE PASÓ CINCO AÑOS EN LA DICHA TIERRA, Y ESCRIBIÓ Á INSTANCIAS DE MR. RICARDO HAKLUYT DE EITON, EN EL CONDADO DE HEREFORD. 1572.

SAN Juan de Ulúa es una isla poco elevada sobre el agua, y los españoles, con motivo de haber estado allí Sir Juan Hawkins, están construyendo en ella una fortaleza importante. Todos los buques que vienen de España con mercancías para aquellos países, descargan aquí porque no tienen otro puerto tan bueno como éste. La entrada á él es por tres canales, siendo el mejor de todos el que está más al Norte y va junto á la tierra firme.

En ambos lados de los canales hay muchas rocas menudas, del tamaño de barriles pequeños; no se descubren bien, pero no son temibles. Hay por allí otra isla llamada la Isla de Sacrificios, donde en otro tiempo descargaban los españoles sus mercancías: y porque dicen haber en ella espíritus ó diablos, ya no está frecuentada como solía. Domina tanto el viento Norte en estos lugares, que con frecuencia destruye muchos navíos y embarcaciones. El sitio es muy enfermizo. Queda esta isla á 18½ grados, y en su rededor hay abundancia de pescado.

A cinco leguas de San Juan de Ulúa hay un hermoso río: está al N. O. del puerto, y va á una ciudad corta que los españoles llaman Veracruz. En pequeños buques ó barcas, que ellos nombran fragatas, llevan á esta ciudad las mercancías que vienen de España, y del mismo modo traen todo el oro, plata, cochinilla, pieles y demás cosas que los navíos lleyan de retorno. Una vez puestas la mercancías en Veracruz, las conducen á México, Puebla de los Angeles, Zacatecas, Sn. Martín y otros varios lugares tan adentro en la tierra, que algunos están á setecientas millas, otras más y otras menos, cargando todo en caballos, mulas, carretas de bueyes y carros de mulas.

En estos veinte años pasados, siempre

que las mujeres parían en Veracruz, los niños recién nacidos morían inmediatamente, lo cual ya no sucede ahora, gracias á Dios.

Por causa del calor es propensa esta ciudad á muchas enfermedades, y á una especie de insecto ó mosca, que allá llaman mosquito, y pica á los hombres y mujeres durante el sueño. Apenas pica se hincha la carne como si hubiese sido mordida por un reptil venenoso. Este mosquito persigue de preferencia á los recién llegados, y muchos han muerto de tal plaga.

La ciudad se halla situada á orillas del río antes dicho, y rodeada de bosques de árboles de diversas clases, muchos de ellos frutales, como naranjos, limones, guayabos y otros. Hay en estos bosques muchas aves; papagayos grandes y pequeños, tamaños algunos como cuervos, y con colas tan largas como las de los faisanes: igualmente otras muchas especies de pájaros encarnados, y monos pequeños muy bonitos. La tierra caliente ó enfermiza se extiende cuarenta y cinco millas hacia el rumbo de México y pasada esta distancia se entra en tierra templada y bien cultivada, porque riegan las sementeras con el agna que sacan de los ríos, y cogen trigo dos veces al año. Y si no regaren la tierra en que la siembran, el calor es tanto que lo abrasaría todo.

Antes de llegar á México se encuentra una gran ciudad llamada Tlaxcala, que pasa de diez y seis mil casas. Todos sus vecinos están declarados libres, por el Rey de España, porque fueron causa de que se ganase la ciudad de México en tan corto tiempo y con tan poca pérdida de gente. Asi es que todos son hidalgos, y no pagan tributo al Rey. De esta ciudad es toda la cochinilla.

México es una gran ciudad: tiene más de cincuenta mil vecinos, pero de ellos no son españoles arriba de cinco ó seis mil, y los demás son indios que viven bajo las leyes españolas. Hay en la ciudad soberbios edificios, y muchos monasterios de frailes y monjas, que los españoles han levantado. Las casas de los indios son de apariencia bastante agradable: en el interior están llenas de aposentos estrechos, con ventanas pequeñas, y por ello no son tan hermosas como las fábricas de los españoles. La ciudad se halla en medio de un gran lago, y el agua entra por todas ó por la mayor parte de las calles. Vienen por ellas botes pequeños, que llaman canoas, en las que traen todas las mercancías como leña, carbón, yerba para caballos, piedra y cal para los edificios, y granos. Sufre la ciudad temblores de tierra que á veces derriban las casas y ma-

tan la gente. Está bien provista de agua para beber y de toda suerte de mantenimientos, como fruta, carne y pescado, pan, gallinas y capones, pavos y demás volatería. Hay cada semana tres ferias ó mercados sumamente concurridos, así de españoles como de indios, en cuyas ferias ó mercados se halla de venta cuanto se puede imaginar, pero especialmente cosas de tierra. Una de estas ferias se hace el lunes, y se llama el mercado de Sn. Hipólito; el de Santiago es el jueves, y el de Sn. Juan el sábado. En esta ciudad reside el Gobernador ó Virrey, y en ella se reúne la real audiencia ó tribunal supremo; pues aunque hay otros tribunales éste es superior á todos, de modo que puede apelarse de otros á éste; mas de este, sólo á España ante el rey, y para eso ha de ser de cierta cantidad el negocio, porque si bajare de ella, no hay apelación. Entran muchos ríos en el lago donde está la ciudad, mas hasta ahora no se han descubierto que salgan por ninguna parte. Los indios saben un modo de anegar la ciudad y hace tres años trataron de ponerlo en ejecución: pero los que habían de hacerlo fueron ahorcados, y desde entonces está bien guardada la ciudad día y noche, por temor de un engaño, porque los indios no quieren á los españoles. En los alrededores

res hay muchos jardines y vergeles de frutas del país, sumamente hermosos, que proporcionan gran recreación á la gente. Los hombres de esta ciudad son muy viciosos, y las mujeres asimismo son malas de sus cuerpos, más que en otras ciudades y pueblos de este país.

En derredor y cerca de México hay muchos ríos y aguas estancadas donde se encuentra una especie de pez monstruoso que hace muchos estragos y devora hombres y ganados. Acostumbra con frecuencia dormir en tierra, y si llega entretanto un hombre ó animal que le despierte ó inquiete ligero ha de ser para que se le escape. Es como serpiente, salvo que no vuela ni tiene alas. (1)

Al poniente de México queda un puerto del mar del Sur, llamado puerto de Acapulco, donde hay buques para la navegación ordinaria de China, recientemente descubierta. Dicho puerto está á sesenta leguas de México.

Hay otro puerto del mar del Sur, llamado Culiacán, que está á doscientas leguas al N. O. de México. Allí hicieron los españoles dos navíos para ir á buscar el estrecho ó golfo que dicen hay entre Terranova y

(1) Al margen dice: *Cocodrilo*.

Groenlandia, al cual llaman estrecho de los ingleses, y no ha sido hasta ahora bien descubierto. Dicen que el tal estrecho no queda lejos de tierra firme de China, que los españoles consideran maravillosamente rica.

Hacia el Norte de México hay muchas minas de plata, mayor cantidad de ella se halla en esas minas del Norte que en cualquiera otra parte, y según aseguran constantemente casi todas los prácticos, se encuentran minas más ricas mientras más se avanza al Norte. Por lo común están las minas en cerros altos y rocas sumamente duras de labrar.

En algunas de las minas hallan los indios cierta clase de tierra de diversos colores, con que se pintan para sus bailes y otras diversiones que acostumbran.

También hay minas de oro en esta Nueva España, aunque comunmente se encuentra el oro en los ríos, ó muy cerca de ellos. Y hoy no se coge ya tanto oro como antes.

Hay muchos ríos caudalosos, y caantidad de pescados en ellos; mas no como los nuestros. Hay bosques grandísimos, y de los más hermosos árboles que puedan verse de diversas clases, y en especial abetos, que servirían para mástiles de navíos, encinos y pinos, así como otro árbol que nom-

bran mezquites, producen un fruto como vainas, muy dulce, que la gente recoge y conserva todo el año, para usarlo como pan.

Los españoles tienen noticia de siete ciudades que indios viejos les dijeron que deberían hallarse al N. O. de México, Han puesto y ponen todos los días gran diligencia en buscarlas, pero hasta ahora no han logrado encontrar ninguna de ellas. Dicen ser tanto el poder de los indios hechiceros, que cuando los españoles pasan cerca de esas ciudades, las ocultan aquellos con una niebla, de modo que no pueden ser vistas.

Tienen también noticia de otra ciudad, llamada Copala, y asimismo, estando yo en el país, habían empleado mucho trabajo y diligencia en buscarla. Han encontrado el lago en que debería estar, y una canoa, cuya parte delantera estaba curiosamente labrada con cobre; mas no pueden hallar ni ver hombre alguno, ni la ciudad, que según entienden, debería estar en aquella agua ó muy cerca de ella. (1)

En la tierra de Cibola hállase gran cantidad de animales ó vacas, que no fueron traídas por los españoles, sino que son nativos del país. Son como nuestros bueyes

(1) Al margen: Pedro Morales y Nicolás Burgignon escriben lo mismo de Copala.

excepto que tienen pelo largo, como de león, cuernos cortos, y en el lomo una jiba como de camello, más alta que lo demás del cuerpo. Son muy ariscas y sumamente ligeras en la carrera. Las llaman vacas de Cibola.

Esta Cibola es una ciudad descubierta hace poco por los españoles, totalmente despoblada, con buenos edificios, hermosas chimeneas, ventanas de madera y piedra, excelentemente labradas, buenos pozos con ruedas para sacar el agua, y un lugar donde enterraban los muertos, con muchas primorosas piedras en los sepulcros. El capitán no quiso permitir á sus soldados que abriesen ninguno de estos sepulcros, diciendo que otra vez volverían y lo harían. A algunas gentes que encontraron les preguntaron dónde estaban los habitantes de la ciudad, y respondieron que habían bajado por un río que está cerca, muy caudaloso, y allá habían fabricado otra ciudad en sitio más cómodo para ellos. Como faltaban al capitán algunas cosas necesarias para él y los suyos, se vió obligado á volver sin hallar el tesoro que esperaba; ni aun encontró gentes sino muy pocas, á pesar de haber visto senderos trillados por los que indudablemente se había andado mucho. El capitán tuvo á su regreso un grave disgusto

con el gobernador, porque no había seguido adelante y visto el término de aquel río.

Tienen en el país, lejos de las costas, aguas detenidas que son saladas, y en los meses de Abril y Mayo el agua se convierte en sal, y la cual pertenece por entero al rey. Los perros son todos jorobados, es decir, los de la raza del país, y no son nada ligeros en la carrera: tienen cara como de puerco, y el hocico largo

En ciertas provincias llamadas Guatemala y Soconusco, se da gran cantidad de cacao, que es una fruta como almendras: es la mejor mercancía en todas las Indias. Los indios hacen de ella una bebida y también un manjar; corren por moneda en todos los mercados, y sirven para comprar carne, pescado, pan, queso ú otras cosas.

En aquella tierra hay muchas clases de frutas y muy buenas, tales como plátanos, zapotes, guayabas, piñas, aguacates, limas, mameyes, limones, naranjas, nueces muy chicas y duras, con poca carne dentro; uvas que los españoles introdujeron, y también otras silvestres criollas, muy pequeñas, membrillos, duraznos, higos, pocas manzanas de muy corto tamaño, y ninguna peras; mas hay melones y calabazas. Hállase mucha miel, así de abeja como de un árbol que se llama maguey, ésta no es tan dulce co-

mo la otra; pero es mejor que ella para comerla con solo pan. Dicho árbol sirve para muchas cosas, porque de las hojas se saca el hilo para coser sacos, y son buenas para techar casas y otros usos.

En diversas partes del país se ven manantiales de agua caliente, y sobre todos vi uno en la provincia de Michoacán. En un campo llano, sin monte alguno, hay una fuente muy copiosa, y tan caliente, que metiendo dentro todo un cuarto de buey, á la media hora está tan bien cocido como si hubiera estado medio día en el fuego. Vi poner dentro medio carnero, y luego se coció bien y comí de él.

Hay muchas liebres y algunos conejos: no hay perdices, pero abundan las codornices.

En el mar del Sur se encuentra gran cantidad de pescado y muchas otras muy grandes. Los habitantes abren las ostras y les sacan lo comible; sécanlo como cualquier otro pescado, y lo guardan todo el año. Cuando llega la oportunidad, lo envían al interior para venderlo como pescado. No tienen salmones, ni truchas, ni carpas, tenacas ó lucios en todo el país.

Hállanse muy altas montañas y cerros cubiertos de nieve. Generalmente arden, y dos veces al día arrojan mucho humo y ce-

nizas por cierta abertura que tienen en la cima.

Entre los salvajes hay mucho maná. He cogido y probado alguno, y es bueno; así es que los boticarios envían á tiempo sus criados á recogerle para purgas y otros usos.

En las montañas hay muchos puercos salvajes, que cualquiera puede matar, y leones y tigres: estos últimos hacen mucho daño á los que caminan por despoblados.

No há mucho que dos pobres hallaron una mina sumamente rica, y cuando fueron á registrarla, segun ley y costumbre, ante los oficiales reales, éstos pensaron que tal mina no era digna de aquellos hombres, y se la quitaron por fuerza para el rey, sin dar parte de ella á aquellos pobres. Al cabo de algunos días fueron los oficiales reales á trabajar dicha mina, y hallaron que dos grandes cerros se habían juntado, sin dejarles lugar donde trabajar. Cuando estuve yo por allá, que fueron cinco años, hubo un pobre pastor que guardando su ganado halló un pozo de azogue, y fué también á registrarle, como es uso y costumbre. Los oficiales reales hicieron con él lo que con los dos pobres que hallaron la mina rica, y quitaron ésta al pastor; mas cuando fueron á buscar el azogue ó parte de él, no pudieron nunca encontrarle. Informado

de todo esto el rey, ha mandado que á nadie se quite lo que encuentre en los campos, como minas y demás. Y otras muchas cosas han pasado en aquella tierra, que podrían ser tenidas por grandes maravillas.

Hay allá gran abundancia de azúcar, y hacen diversas conservas muy buenas, que envían al Perú, donde se venden perfectamente, por no hacerse allí ninguna.

Las gentes de aquella tierra son de buena estatura, color trigueño, cara ancha y nariz chata. Son aficionadísimos al vino, así al de España como á uno que ellos fabrican con miel de maguey, raíces y otras cosas que le echan: llámanle *pulco*. Fácilmente se emborrachan, y quedan hechos unas bestias sin ley ni razón. Estando borrachos caen en la sodomía, y no respetan ni á madres ni á hijas, por lo cual está prohibido bajo pena de multa, vender vinos y beberlos. Y si no hubiera tal prohibición, todo el vino de España y Francia no bastaría para sólo las Indias.

Son hombres de gran simplicidad y muy cobardes, faltos de todo ánimo. Son grandes hechiceros, y acostumbran hablar con el diablo, á quien hacen ciertos sacrificios y oblaciones: muchas veces los han cogido en ello, y los he visto castigar severamente por tal delito.

Dáse aquella gente á aprender toda clase de ocupaciones y empleos, que por la mayor parte han aprendido después de la venida de los españoles; quiero decir, toda clase de oficios. Son muy diestros en hacer imágenes de pluma, ó la representación y figura de cualquier persona, en un todo como ella sea. Es admirable la finura y excelencia de la obra, así como que siendo gente bárbara se apliquen á un arte tan delicado. Hay entre ellos plateros, herreros, cobreros, carpinteros, albañiles, zapateros, sastres, silleros, bordadores y toda clase de oficiales. Hacen la obra tan barata, que los mancebos pobres que vienen de España á buscar su vida no encuentran trabajo, y por eso hay tanta gente ociosa en la tierra, pues el indio vive la semana entera con menos de un real, (1) lo cual no puede hacer el español ni nadie.

Ségún dicen ellos, son de la descendencia de un viejo que llegó en un bote de madera que llaman canoa; mas no pueden decir si esto fué antes ó después del diluvio, del cual no dan razón alguna, ni aciertan á señalar de donde vinieron. Cuando llegaron

[1] *The indian will live all the week with less than one groat.*—Groat es una antigua moneda inglesa, que valía cuatro peniques, ó sean ocho centavos; pero también sirve en términos generales, para expresar cualquier suma muy pequeña.

los españoles por primera vez, hicieron ellos cierto sacrificio á una imagen de piedra, de su propia invención, cuya piedra estaba levantada en un alto cerro que hicieron de adobe, y le llaman su Cowa. (1) En ciertos días del año sacrificaban unas viejas y niños, y creían solamente en el sol y la luna, diciendo que de ellos recibían todo lo que necesitaban. Tienen en aquella tierra gran cantidad de algodón con el cual hacen una especie de tela, de que se visten los indios, tanto hombres como mujeres, sirviéndose de ella para camisas y demás piezas de vestido que usan, y también la emplean en vestidos semejantes los españoles que no pueden comprar otros. Y si no fuera por esta clase de tela, todas las demás que vienen de España, quiero decir, telas de lino, se venderían á precios exorbitantes.

Los salvajes andan totalmente desnudos: las mujeres cubren lo más secreto con una piel de venado, sin otra cosa alguna en sus cuerpos. De nada se cuidan, sino de lo que necesitan comer el día presente. Son corpulentos los hombres, y asimismo las mujeres. Tiran con arcos de madera de cerezo (capulín?) unas flechas de caña con un pe-

[1] Palabra desconocida: tal vez será corrupción que el autor hizo de la palabra *Cu*, nombre con que los españoles designaban los templos de los mexicanos.

dernal agudo en la punta; pasan con ellas cualquier cota de malla, y matan ciervos, garzas, ánsares salvajes, patos y otras aves, así como reptiles, culebras y otras sabandijas que comen. Viven largo tiempo, pues he visto hombres de cien años de edad. Tienen escasa barba, y poco vello en el cuerpo.

Reverencian mucho los indios á los frailes, en atención á que por ellos y su influencia se ven libres de la esclavitud, habiéndolo mandado así el emperador D. Carlos, á cuya causa ya no viene á Europa tanto oro como antes, cuando los indios eran esclavos. Entonces no tenían más remedio que hacer la tarea diaria y sacar de las minas cierta cantidad de oro para los amos, mientras que ahora es necesario rogarles mucho y pagarles muy bien para que trabajen. Esto es lo que ha pasado, y es gran menoscabo para los dueños de las minas y para los *quintos* ó derechos reales.

Hay muchas minas de cobre, muy abundantes, y sacan el necesario para el consumo del país. Contiene algún oro, mas no el suficiente para costear la afinación. La cantidad es tal y las minas están tan lejos del mar, que no costearía el flete de llevarle á España. Por otra parte, las autoridades no darían licencia para fabricar arti-

llería, y así es que las minas permanecen abandonadas y sin valor.

En aquella tierra hay mucho plomo, tanto que con él cubren las iglesias y otros edificios religiosos, de manera que ya no necesitarán de nuestro plomo, como necesitaban en tiempos pasados.

El lujo y largueza de los dueños de minas es cosa maravillosa de ver. Su traje y el de sus mujeres sólo pueden compararse con el de los nobles. Cuando las mujeres salen de casa, sea para ir á la iglesia ó á otra parte, van con tanta pompa y tantos criados y doncellas como la mujer de un señor. Aseguro haber visto á una mujer de minero ir á la iglesia acompañada de cien hombres y de veinte dueñas y doncellas. Tienen casa abierta, y todo el que quiere puede entrar á comer: llaman con campana á la comida y á la cena. Son príncipes en el trato de su casa, y liberales en todo.

Un buen minero debe poseer por lo menos cien esclavos para sacar y moler los minerales: ha de tener muchas mulas y gente para mantener las minas: necesita molinos para moler el mineral, gran número de carretas y bueyes que acarreen leña para el beneficio, mucho azogue, una increíble cantidad de salmuera, y ha de soportar otra infinidad de gastos. El del azogue es de nue-

va invención, y les tiene más cuenta que beneficiar los metales con plomo, á pesar de ser aquel muy caro, porque lo menos que cuesta un quintal de azogue son sesenta libras esterlinas (\$30). Las minas van cada día decayendo y perdiendo de su valor, y la causa es el corto número de indios con que cuentan los dueños para labrarlas.

El ganado mayor se ha multiplicado de un modo asombroso en la Nueva España, y sigue aumentando. Es más corpulento que el nuestro. Puede comprarse por diez y seis chelines (\$4) un gran novillo de un quintal de sebo. Hombre hay que tiene veinte mil cabezas de ganado. Venden los cueros á los mercaderes, quienes envían á España todos los que sobran, pues muchos se consumen en el país para el calzado y las minas. Como la tierra es extensa, así es maravilloso el aumento del ganado. En la isla de Santo Domingo matan comunmente las reses, por sólo los cueros y el sebo, y las aves de rapiña comen la carne. Lo mismo sucede en Cuba y Puerto Rico, donde hay mucha azúcar y cañafístola, que continuamente envían á España.

El ganado lanar se ha multiplicado de igual manera, y cada día tratan de aumentarle. Hay mucha lana, tan buena como la de España: hacen paños para el consumo

de la gente común del país, y llevan mucho al Perú. He visto paño hecho en México, que se vendió á diez pesos la vara, que son casi cuatro libras inglesas, (1) y la vara es menos de una yarda. Produce el país pastel, alumbre, brasil y otros varios tintes, con los cuales dan toda clase de colores. En el Perú no fabrican paños; pero en lo sucesivo los nuestros serán muy poco estimados, como no sean de los finos. La lana vale generalmente cuatro chelines (un peso) la arroba, que son veinticinco libras, y en algunos lugares que están lejos de los obrajes donde hacen los paños, no vale nada y sólo sirve para hacer colchones. Fabrican sombreros, los suficientes para el consumo interior, y los venden más barato; que lo que costaría traerlos de España, también los envían al Perú. En ambas in-

(1) Esta explicación nos hace conocer el valor que el autor daba á la *libra esterlina*, y es el de dos y medio pesos escasos. Mas se refiere indudablemente á los *pesos de oro*, que era la moda usual entonces en México, y cuyo valor, tanto intrínseco como estimativo, aun no se ha averiguado de una manera satisfactoria. Aquel era próximamente el de tres pesos de nuestra moneda, y éste el de once á doce. Al apuntar en varios lugares la correspondencia de las monedas inglesas con las nuestras, he preferido atenerme á la equivalencia actual, que es la de cinco pesos por libra, como más propia para dar una idea aproximada del valor que tenían entonces las cosas. Pero no debe olvidarse que el valor estimativo de la moneda era mucho mayor que ahora, es decir, que se lograba iguales comodidades ó se compraban los mismos efectos con sólo la tercera ó cuarta parte de la cantidad que ahora cuestan.

dustrias se ocupa mucha gente. Hilan la lana como nosotros; pero en lugar de aceite usan manteca de puerco. No tuercen el hilo tanto como por acá, ni lo sacan tan delgado. No hacen estameñas (kersies), pero sí mucho paño ordinario, llamado sayal, que se vende á menos de 12 peniques (2 reales) la vara.

Cógese mucha seda, y hacen de ella toda suerte de tejidos, como tafetanes, rasos, terciopelos de todos colores, y es tan buena esta sedería como la de España, salvo que los colores no son tan perfectos; pero los negros son mejores que los de España.

Tienen gran número de caballos, yeguas y mulas, que los Españoles trajeron, y tan buenas hacas como puede haberlas en España, y mucho más baratas. De sus mulas se sirven para trasportar todas las mercaderías.

Llueve comunmente en esa tierra todos los días, desde el mes de Mayo hasta mediados de Octubre, y á este tiempo llaman invierno, por causa de las dichas lluvias. Si no fuera porque en el tiempo del calor es cuando caen, acabaría todo el maiz, que es el alimento principal del indio, y aun de la gente común española: tampoco pueden pasar sin él los caballos y mulas del trabajo. Este grano es sustancioso y aumenta mu-

cho la sangre. Si faltase no podrían los mineros labrar sus minas, porque todos sus operarios no comen otro pan sino el de este maiz, de que hacen nnas tortas como las de avena en algunos lugares de Inglaterra.

Desde la edad de veinte años pagan los indios de tributo anual al rey cuatro chelines en dinero y una hanega de maiz que vale otros cuatro. Esto se paga en toda la Nueva España por todos los mayores de veinte años, excepto en la ciudad de Tlaxcala, que es libre porque sus vecinos fueron causa de que Cortés ganase á México tan pronto. Mas aunque al principio fueron declarados libres de tributo, comienzan ya los españoles á echarles cargas, haciéndoles labrar á su costa todos los años un gran campo de maiz para el rey, lo cual es tan provechoso á éste y tan gravoso á ellos, como si pagasen el tributo del mismo modo que los demás.

Los buques que salen de España cargados para el Perú, van primero á Nombre de Dios, donde descargan sus mercancías: de allí las llevan á través del istmo, á un puerto del mar del Sur, llamado Panamá, á diez y siete leguas de Nombre de Dios, y vuelven á embarcarlas para ir al Perú. Se tarda en llegar allá tres meses, y se vuelve en